

ENSAYOS
DE
HAYA DE LA TORRE

EL LENGUAJE POLÍTICO DE INDOAMÉRICA

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE

En el artículo enjundioso y sugerente de don Alfonso Reyes publicado en cierta dinámica revista de La Habana, portavoz de generosos ideales indoamericanos, he leído algunas líneas que merecen subrayarse y repetirse. Dice don Alfonso que Indoamérica "no ha creado su lenguaje político sino que adopta el europeo" y que "ello ha tenido consecuencias en las soluciones europeizantes que hemos procurado para nuestros asuntos". Y añade: "Así pasó ya en la Independencia. Así ha sucedido -todos lo saben- con muchos problemas y muchas veleidades que han atravesado la *vida americana*".

Que don Alfonso Reyes lo diga y que palabras tales salgan de su pluma, en un artículo escrito con hondura y con belleza sobre los "problemas y angustias" de Indoamérica, tiene, en mi opinión, especial importancia. La tiene, porque el ilustre escritor y diplomático mexicano representa a una generación y a una categoría de hombres de pensamiento en quienes los profesionales adeptos de las *soluciones europeizantes* para nuestros problemas, pudieran buscar protección

y asidero. Y es que las gentes de egregio rango espiritual en Indoamérica saben distinguir entre adaptación y asimilación de cultura -que es dialéctica negación y continuidad: devenir-, y ese otro vasallo afán de traductores y repetidores que no crean sino imitan; que no es raíz profunda y prolongada que de súbito aflora, acogolla y retoña en otra planta -una diferente-, sino adventicio y frágil intento de vivir colgado a la sombra de follaje ajeno.

Y Política es Cultura cuando es política auténtica. Y lo que Indoamérica parece obligada a buscar en sí misma en esta hora de hecatombes, es su autenticidad en todos los campos culturales. El gran modelo, la maestra vieja y sabia que ya no nos enseña a crear sino a destruir. Si los políticos "europeizantes" quieren seguir pegados y sujetos a lo que Europa impone en esta etapa convulsiva, no podrán hacer sino algo parecido al devoto suicidio de las viudas hindúes que debían arrojar a las piras devoradoras de los cadáveres de sus maridos en señal de fidelidad y sometimiento. O algo peor -ya que hay suicidios que a veces están bien- si porque creen llegada la hora del fuego, que para Europa ha soñado, prenden en la hoguera bárbara las hachas de Eróstrato y buscan aquí celebridad con el incendio.

Hay algo todavía que estimula júbilos en las declaraciones de don Alfonso Reyes: el significado de su certera y aguda actitud de participante del tema político en un tono de coordinación y de sintonía con el nuevo y vigoroso estado mental que se anuncia en algunos sectores de Indoamérica. Porque si es cierto que nos quedan aún muchos "europeizantes" mentales, también es verdad que la conflagración del Viejo Mundo ha traído al Nuevo atisbos de definición emancipadora o, por lo menos, fecundo y precursor desconcierto.

Nadie duda ya que vivimos una época en la que el mundo ajusta sus cuentas. Tiempos hay, así, de decisión y de agonía cuando la Humanidad se acerca al paso de una encrucijada. Y en horas como éstas lo más elemental e instintivo es afirmar los pies en el propio suelo y dar los pasos certeros por uno mismo. Compañero

mío de lucha, ahora desterrado del Perú en algún país de nuestra hermandad indoamericana, me escribía hace poco de ciertos grupos de políticos e intelectuales europeizantes del país en que se asila, diciéndome cuánto espera de ellos ahora "que han perdido la orientación de Europa al enloquecerseles la brújula como a Colón cuando cruzó los trópicos". Y la imagen puede continuar y continúa si se piensa que tras esa locura de rumbos vendrá el descubrimiento. Y el descubrimiento, de lo que del Nuevo Mundo no está aún definido y emancipado, políticamente hablando, que es Indoamérica. Porque del otro lado, de la América norte sajona no hay que hablar, que tiene derrotero. Y de allí que sea un poco confusionista -y que cortésmente se lo señale a don Alfonso Reyes y a los directores de la revista en que se publica el artículo que comento-, de allí que sea, digo, desorientador y antididáctico que llamemos América a ésta y no a aquélla. O a aquélla y no a ésta. O a ambas sin usar el plural, teniendo tan clara nuestra definición determinante y delimitante: Norteamérica, que ya encontró su camino fuerte y áureo y esta otra que ahora se emancipa de Europa, que deja de ser Ibero o Hispano-América -etapa que cierran y lapidan la Guerra Civil española y Franco-, y es, de nuevo, con sus acervos indios, con Colón y Vespucio, con Las Casas y con nuestro sentido mestizo y telúrico, intransferible y eterno: Indoamérica. (¡No nos avergoncemos de llamarnos indoamericanos!).

¿Qué lenguaje político debe hablar Indoamérica?

Se me ocurre que no el del aislamiento extremo y nihilista sino el del desprendimiento que "niega y continúa". Porque tan peligroso es vivir imitando como intentar ruptura insólita y desconocimiento simplista de todos los precedentes. Y lo biológico, por ende lo vital, lo profundo y renovador, es repetir la enseñanza eterna de la Naturaleza que desprende el fruto maduro, el hijo hecho, el huevo denso, para que sigan sólo la línea superadora de la vida que, por negaciones así, se emancipa y se perenniza.

Y en ese lenguaje nuevo hay que comenzar por las palabras, porque no será nuevo aquél siendo éstas viejas. Primero, definir y

asentar nuestros conceptos sustantivos, nuestras denominaciones esenciales. Saber -y que sepan nuestras masas, porque sin ellas no hay política verdadera-, cuál es de las Américas la nuestra y por qué cada patriotismo, que en ella delimitan fronteras y sombrean banderas nacionales, debe estar sólidamente complementado con el amor y el conocimiento bolivariano: con la conciencia histórica de la indivisible unidad continental. Distinguir entre las patrias de Europa -separadas por barreras étnicas, idiomáticas, culturales y de tradiciones hostiles- y el sentido renovado de patria en Indoamérica que debe complementarse con el sentimiento, con la comprensión y con la positiva hermandad de sus veinte repúblicas. Porque de no ser así acabaremos como acaban los estrechos, odiosos e irrespirables chauvinismos europeos.

Dando al significado de la Patria un nuevo valor inseparable del sentido continental, importa subrayar dos conceptos que en política son fundamentales y cuya aplicación práctica deciden la solidez y perdurabilidad de un Estado: la justicia social y la libertad individual.

Europa ha dado muchas fórmulas de realización y afirmación para estos enunciados que son expresión de anhelos motores de la historia. Pero quizá lo más trascendente del nuevo lenguaje político de Indoamérica será demostrar que fuera y contra de los cánones europeos pueden nuestros pueblos hallar sus postulados de justicia y de libertad. La experiencia del Viejo Mundo, en política -como en todas las ramas de la cultura- es punto de partida ineludible. Pero aplicada a nuestra realidad habrá de ser una fresca y diferente experiencia. Porque si es cierto que hay principios y reglas universales, sería absurdo llevar ese universalismo a todo. La vida es posible en cualquier lugar habitable del planeta, pero no en todos ellos la vida está sujeta a idénticas condiciones y características. La asociación humana es principio ecuménico, pero no se produce en forma regimentada e idéntica en cada ámbito del mundo. El hambre es condición del ser vivo, pero se aplica por diferentes medios según las especies, y, en el hombre, según las latitudes. El proceso de

adaptación del animal a su medio y del ser humano, particularmente -con su desarrollo de relaciones, organización social, cultural y grados de evolución-, no está sujeto a reglas de uniformidad para todos los continentes. En un mismo tiempo cronológico, cada grupo social vive su etapa, es decir, su propio tiempo que es el de su historia. Y ese tiempo lo marca el ritmo de la vida y progreso determinados por el espacio geográfico y las condiciones de medio ambiente, momento cultural y psicología étnica peculiares de cada latitud.

El "nuevo lenguaje político de Indoamérica" tendrá, pues, que salirse de la repetición textual y servil de los teóricos de la justicia social y de la libertad de los pueblos europeos, para hablar con otros vocablos, que son antiguos pero que renuevan en estas tierras la perentoriedad de nuestros asuntos propios. No es problema social para Europa y Norteamérica -vaya ejemplo- combatir el analfabetismo, y en Indoamérica lo es. No es problema social para Europa y para Estados Unidos -zonas industriales con derrotero ya logrado- que millones de sus habitantes tengan posibilidad y sientan necesidad de usar zapatos y calcetines, pero aquí, en nuestra gran nación indoamericana, cubrir y defender moderna y propiamente el pie desnudo de un altísimo porcentaje de nuestra población sí es problema. ¡Imaginemos la renovación mental, higiénica, económica y política que significará para nuestro continente que decenas de millones de indoamericanos calcen sistemática y civilizadamente sus pies como resultado de una necesidad personal y social que satisfacen por sí mismos!

Y esto demuestra que nuestra política debe acometer realidades simultáneas que involucran desde las manifestaciones sociales más primitivas hasta las más actuales. Y esto infiere -como consecuencia- que si la realización de la justicia social ha de ser en nuestro ideario y acción de gobierno indoamericano diferente de la que Europa ha establecido, después de dos mil años de cultura uniformemente desarrollada, también nuestra concepción de la libertad tiene que adoptar fórmulas típicas.

Así la democracia, que es su corolario. Así la estructura estadual que es su expresión. Así la economía que es su signo, y así las relaciones interamericanas entre la zona máquina y la zona campo -que guardan en sus resortes el secreto de nuestro común destino-

Indoamérica comienza a balbucear un nuevo idioma político y la agonía de una grande y gloriosa etapa de cultura europea estimula el surgimiento de nuestra fisonomía continental. Pero como la historia la hacen los hombres, toca a los nuestros asumir su responsabilidad. Sin deslumbrarse con los resplandores de la hoguera y sin confundir en su visión de este hemisferio lo que es nuestro -social, económico, racial y culturalmente indoamericano y lo que no lo es, pero con lo que, por vecindad, debemos convivir, hallando una coordinación de fuerzas-, hay que emprender la obra bella y grave de crear nuestro lenguaje y nuestro dinamismo políticos.

Lema a tomarse en cuenta, sería: "La libertad limitada por la justicia" y norma aplicada de justicia y libertad podría ser la democracia funcional. Con esto se hace posible la estructura de un Estado que no represente a una sola clase sino que sea expresión baluarte de todas las que necesiten defensa, cultura y bienestar, como suma de las mayorías. Y así se puede coordinar un cooperativismo económico, científicamente vertebrado, que mueva, fortalezca y dé valores de conciencia y capacidad creadora -sin explotación humana- a nuestra economía.

¡No nos avergoncemos de llamarnos indoamericanos!

Hace algunos años que vengo batallando por la "cuestión del nombre".¹ ¿Cómo ha de llamarse al fin este continente nuestro, cuya unidad descubre cada hombre, americano o no, que lo recorre, que lo observa, que explora su profunda e inquietante realidad de múltiples aspectos y de tan engañosas variantes? Vuelvo ahora sobre este asunto que considero importante, porque no es sólo disputa de palabras sino esclarecedor análisis de conceptos.

1 *¿A dónde va Indoamérica?* (3a. edición, Ercilla).

En una serie de conferencias que ofrecí, hace once años en la Universidad de México sobre alguno de nuestros problemas continentales, promoví como tema inicial de la discusión el nombre que en justicia -justicia histórico-social digamos- correspondía a este lado del mundo, que comienza en el Río Bravo y termina en Magallanes. Y, entonces, al examinar las diversas denominaciones que como "Patria Grande" no hemos adjudicado, o nos han sido dadas, concluí que todas ellas tienen un significado, representan y definen una etapa de nuestra historia. Por ende, no deben ser confundidas.

En efecto nuestra dividida Nación de veinte Estados ha sido llamada principalmente Hispano (o Ibero) América, América Latina e "Indoamérica", aunque también se procuró identificarnos como "Eurindia", "Indoiberia" e "Indolatina". Pero los tres nombres más conocidos no son sólo meras denominaciones continentales, vale decir de continente en su sentido geográfico, sino también de contenido. Cada uno de estos nombres responde a una razón histórica, étnica, espiritual y política. Consecuentemente, quienes sostienen que debemos llamarnos "Hispanoiberoamericanos" preconizan la prevalencia de España y Portugal, de lo Ibérico como tradición y como norma, e implican que nuestra verdadera historia sólo comienza con la conquista europea del siglo XVI. Los partidarios del nombre "América Latina" se basan en que el alude al tronco latino de las razas ibéricas y de las lenguas castellana y portuguesa. Reconocen al mismo tiempo el hecho de la cultura renacentista, y particularmente francesa -de influencia vigorosa en nuestros pueblos-, y toman en cuenta el valor jurídico y político de las teorías democráticas que, inspiradas en la Enciclopedia y en la Gran Revolución de 1789, dieron rumbo ideológico a la victoria republicana de la independencia.

De otro lado, los afanosos de que nos confundamos en el gran imperio americano del norte, propugnan por el simple nombre "América" o por su contemporáneo, equivalente lato "Panamérica" y, naturalmente, son voceros obsecuentes del elástico

"panamericanismo" que rige en Washington y muchas veces influye y tuerce Wall Street.

Después de una detenida verificación, mantengo mis conclusiones de hace once años; el término "Hispano o Iberoamérica", y sus derivados "hispano o iberoamericano" o "hispano o iberoamericanismo", corresponden a la época colonial. Son vocablos de un significado preterista y ya anacrónico. Se refieren a una América exclusivamente española -o portuguesa cuando el vocablo Ibérico se trata-, e implican el desconocimiento de las influencias posteriores a la colonia, que han determinado nuevas modalidades en nuestro continente.

El término "América Latina" y sus derivados "Latinoamérica y latinoamericanos" son más amplios, más modernos. Corresponden, cronológicamente, al siglo XIX. Abarcan todo el español y portugués de nuestra historia, sin excluir el aporte africano, porque incorporan a Haití, que habla francés, a nuestra gran familia continental.

Pero el término "Indoamérica" es más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo "cósmico" -digamos, recordando a Vasconcelos-manteniendo su vigencia frente al porvenir. Es término "muy antiguo y muy moderno", que corresponde justamente a la presente etapa revolucionaria de nuestra América, apenas iniciada en México, en que aparece la gran síntesis de la oposición de contrarios que impulsan el devenir de nuestra historia.

Repetiendo ecuacionalmente mis conclusiones de 1928, sostengo que: "hispano o iberoamericanismo", igual "Colonia"; "latinoamericanismo", igual "Independencia y República"; "panamericanismo", igual "Imperialismo"; e "indoamericanismo", igual "Revolución", afirmación o síntesis del fecundo y decisivo período de la historia que vivimos.

El continente de las equivocaciones.

Bueno es volver hacia algunas referencias ordinarias: Ricardo Palma, el celebrado tradicionalista peruano, sostiene que la voz América es exclusivamente americana, y no un derivado del pronombre del piloto peruano, sostiene que "la voz América es exclusivamente americana, y no un derivado del pronombre del piloto mayor de Indias, Albericus Vespucio". El argumento se basa en la afirmación de que "América o Americ es nombre de lugar en Nicaragua y que designa una cadena de montañas en la provincia de Chontales", y deduce y presume el tradicionalista que aunque Colón no menciona el nuevo vocablo en la lettera rarissima de su cuarto viaje, "es más que probable que verbalmente lo hubiera transmitido, él o sus compañeros, tomándolo como que el oro provenía de la región llamada América por los nicaragüenses". (*Tradiciones peruanas*, vol. I, *Una carta de Indias*, Calpe).

Empero, la teoría más aceptada hoy, como todos sabemos, es la que adjudica al cosmógrafo germano Martín Waldseemüller, profesor de la universidad lorenesa de St. Die, la primacía en la denominación de América en su célebre *Cosmographie Introductio* de 1507. Humboldt así lo sostiene en su *Examen Critique de l'Histoire de la Geographie du Nouveau Continent* (1837) ofreciendo detalles importantes acerca de las razones que tuvo Hyiacomylus, apelativo latino del cosmógrafo, para creer, equivocadamente, que el Nuevo Mundo debía llamarse América "porque Americus lo descubrió" ("*cu Europa Asia a mulieribus sua fortica sint nomina. . .*").

Parece, pues, que América, que fue descubierta por equivocación cuando se buscaba un nuevo camino al Asia, fue también denominada por equivocación. Y parece que este sino de las equivocaciones, en cuanto a redescubrirla y red denominarla - particularmente a la parte que de ellas nos corresponde - prevalece hasta hoy. Porque "América" resulta en el lenguaje universal de estos días el vocablo nominador de Norteamérica o, más expresamente, de los Estados Unidos. "Americano" es el estadounidense o el yanqui para el resto del mundo. La gran república del norte lleva como

título oficial Estados Unidos de América. ¡Y casi para vergüenza nuestra, o para indicio revelador de nuestro colonial complejo de inferioridad, buena parte de nuestros pueblos llaman exclusivamente "americanos" a los ciudadanos y cosas de aquel país, olvidando que nosotros somos también hijos de América, por ende americanos, tanto como nuestros rubios y negros *primos* del norte!

Equivocadamente también otros han llamado "Sud-América" a la extensión que comprende el continente desde México a la Patagonia. Pero este término que usaron los congresistas de Tucumán en su declaración de 1816, y también Alberdi, Sarmiento y otros ilustres argentinos del siglo pasado, es antigeográfico.

El aspecto histórico y político de la controversia.

En una nota final de su interesante libro *Latin America, Its Place in the World Life* (1937), el profesor de la Universidad de Columbia Mr. Samuel Guy Inman escribe con razón: "La disputa acerca de cómo llamar al pueblo de Sud-América cuando se hace referencia de él como un todo, es ya vieja". Y después de un detenido análisis de la "cuestión del nombre" en el que enfoca los términos "Hispanoamérica", "América Latina" e "Indoamérica" que usa en el texto de su obra casi indistintamente, reconoce que para su país el vocablo compuesto *Latin America* es el más usual y lógico y, sin duda, el más accesible al idioma inglés. Ciertamente, desde el punto de vista norteamericano. *Latin America* es modo sajonizado y bastante preciso para denominarlo como nación continental, mientras nosotros no adoptemos definitivamente llamarnos *Spanish-America* o Hispanic o Ibero-América, porque los dos primeros nombres excluyen a una república de la importancia del Brasil que no es *Spanish*, mientras el segundo excluye a Haití que no es ibero, porque es negra y habla francés; y sí es -por negra y por pequeña, por sufrida y por heroica sostenedora de la empresa libertadora de Bolívar- pueblo hermano nuestro.

Hay algo más, sin embargo, en el debate de las denominaciones en estos tiempos de planes de conquistas y penetración de las

internacionales europeas en nuestros países, predominan las motivaciones políticas. Así como los portavoces del imperialismo de los Estados Unidos son todos ardorosos "panamericanistas" y sueñan quizá con un vasto imperio americano de polo a polo, también los imperialistas y conservadores españoles son todos furibundos "hispanoamericanistas". Aún muchos que pintan de revolucionarios e izquierdistas en España, no cesan en esto en llamarnos "Hispanoamérica". Por su parte el Eje fascio-racista ha encontrado en el "hispanoamericanismo" un buen celestinaje histórico para llamarnos "su Imperio", tal figura nuestro continente en libretos y folletines recientes de la Falange y otras organizaciones reaccionarias españolas al servicio de la Internacional Negra. Y en cada uno de nuestros países los súbditos de Franco, sus agentes y propagandistas, se empeñan en hispanoamericanizarnos con el mismo empecinamiento con que en las tierras del equívoco caudillo tratan los invasores extranjeros de fascistizar al indoblegable pueblo español.

En Italia la facción romana del fascismo -a pesar de que apoya los planes imperiales de Franco como instrumento y vehículo para su soñado plan de "etiopización" del Nuevo Mundo -mantiene aún por tradición romana el término "América Latina" para denominarnos, como es de su uso también, por anhelos de expansión cultural, en Francia y por facilidad de expresión en Inglaterra. Y en Alemania, la facción nazi del fascismo, que usa tácticamente para sus ambiciones de absorción en América los cómodos vehículos de España y Portugal, nos llama "iberoamericanos"; y éste es el nombre oficial de su famoso Instituto de Berlín, formado en torno de la biblioteca donada por el profesor argentino don Ernesto Quesada.

Aunque sea curioso que también del lado de la España republicana no faltan escritores que nos "hispanoamericanicen", importa advertir que esta forma de llamarnos no es popular en la Península. Vale decir que no es del pueblo sino de las élites y aristocracias más o menos intelectuales. El pueblo español denomina a nuestra "Patria Grande", simplemente América como antaño la llamaban Indias. Por eso Indoamérica tiene de hispano, que es

palabra estructurada por dos formas populares españolas de distinguirnos a través de los siglos: indios y americanos. Al inmigrante peninsular que regresa a España -no está demás el recuerdo- llámalo el lenguaje popular castellano "indiano".

Nuestras razones en favor de Indoamérica.

No eludimos nosotros, los que preconizamos el nombre de "Indoamérica", la razón política. Contrariamente, la subrayamos y exaltamos como singularmente significativa. La denominación de nuestro continente no es sólo un asunto de semántica circunscrita. Es, en su vasto sentido vital, cuestión de historia. Pero vale repetir que esta nueva palabra del léxico aprista tiene también sus defensas inobjetables en lo que podríamos llamar con elevada interpretación política la "semántica histórica". Es, como lo indico más arriba, la unidad superior de los que sostienen la tesis del "hispanoamericanismo" y la antítesis del latinoamericanismo. El concepto Indoamérica completa la tríada, porque en su valor de síntesis incorpora todas las razones de uno y otro lado, aducidas en esta polémica, y determina y señala a nuestro continente, aludiendo a su contenido social, étnico, político, idiosincrásico, lingüístico.

La más simplista y común objeción al vocablo "Indoamérica" y a sus derivados "indoamericano" e "indoamericanismo" se afirma en el argumento de que en algunos países nuestros los indios puros son minoría, como en el caso de Costa Rica, Cuba, Colombia, Chile, Brasil, Uruguay y Argentina. No es difícil la respuesta, sin embargo: considerada Indoamérica como un todo -y tal la razón del nombre común-, el valor numérico de lo indio es mayoritario. Porque no se trata del indio puro, sino también del mestizo. Y no puede negarse que nuestro continente, a pesar de sus citadinas y esporádicas islas blancas, es, por predominio de cantidad y por carácter de calidad, mestizo de indio y blanco y, en grado menor, de indio y negro. De allí que el mismo Palma dijera con no poca razón y mucha gracia, ironizando sobre el racismo aristocratizante de cierta casta españolista limeña, "que aquí el que no tiene de Inga tiene de Mandinga".

Pero no es la razón del número, el dato del censo, el índice estadístico lo que apoya al indoamericanismo como nombre y como idea. Es algo más hondo y telúrico, más recóndito y vivo: es el espíritu y la cultura nuestra en que afloran remotas savias desde los oscuros abismos ancestrales de tantas viejas razas en estas tierras confundidas. Germán Arciniegas, brillante escritor indoamericano -de Colombia, donde los indios *pur-sang* son minoría-, ha escrito en su bello libro *América, tierra firme* (1938) estas palabras palpitantes de verdad:

Nuestra cultura no es europea. Nosotros estamos negándola en el alma a cada instante. Las ciudades que perecieron bajo el imperio del conquistador bien muertas están. Y rotos los ídolos y quemadas las bibliotecas mexicanas. Pero nosotros llevamos dentro una negación agazapada. Nosotros estamos descubriéndonos en cada examen de conciencia y no nos es posible someter la parte de nuestro espíritu americano por más silenciosa que parezca. Por otra parte, es cuestión de orgullo.

De no practicar un entreguismo que nos coloque como serviles imitadores de una civilización que por muchos aspectos nos satisface, pero que por muchos nos desconcierna y desengaña.

¡Palabras éstas de un escritor mozo que no usa aún el vocablo Indoamérica, pero que brillante e indirectamente fundamenta su defensa! Ellas dicen mucho de las razones culturales en que incide nuestro punto de vista. El indio está en nosotros. Andrés Siegfried lo ha visto bien, aunque parcialmente, en su *Amerique Latine* (1933) al remarcar que "el fondo de la población es rojo, sea en Bolivia, en Perú, en Venezuela y aún en Chile dando el roto, de carácter mestizo, no puede ser considerado de ninguna manera como perteneciente a la raza blanca, porque a pesar de las afirmaciones en contrario, el viajero que sabe ver no se equivoca, pues él se encuentra en presencia de un indio". Y aunque Siegfried hable de una "América blanca" en superestimada oposición a la roja, acierta en mucho al reconocer y comprobar la importancia e influencia de lo indio en nuestra raza y nuestra mente.

Con más penetración y grandeza, pese a sus hermosas fantasías de germano nebuloso, ahonda mejor el conde Keyserling en las

discutidas y sugerentes *Meditaciones* que son, por su contenido y por su tesis, "indoamericanas" y no "sudamericanas", como impropia y limitantemente las intituló. En Keyserling, quienes sentimos más abajo del blanquizco pigmento el latido recóndito del corazón del indio, hallamos muchas verdades. Ellas duelen a veces porque arrancan cruelmente la piel de los europeizantes para enseñarles el plasma profundo de su indoamericanismo. Peor, aunque con menos originalidad de lo que puede suponerse -si hacemos el examen de conciencia que Arciniegas pide-, Keyserling descubre en nosotros hondos secretos psicológicos que cada cual conoce más o menos bien, y oculta y disimula mejor con el pródigo barniz de nuestro habitual afán de vivir mintiéndonos.

Keyserling ha indignado a no pocos porteños argentinos descubriéndoles su tuétano indio. Los grupos intelectuales colonialistas de Buenos Aires se han sentido ofendidos -jellos, que miran sin cesar a Europa-madre y viven a sus mínimos gestos para seguirlos!-. Esta indignación es, no obstante su altisonancia, artificial y esnobista. Las élites coloniales bonaerenses y sus cenáculos literarios adictos -arrogantes como buenos criollos- consideran ridículo, abominable y hasta indecente que un señor alemán de sangre azul les descubra la "tristeza india" más abajo de sus maquillajes parisienses y sus burgueses artes de sastrería. Pero la "tristeza india" está en la Pampa -jpampa, nombre quechua!- y, más adentro, en la verdadera Argentina indoamericana, que suelda sus vértebras con los Andes y pega sus tierras a las que fueron parte del predio comunitario de los Incas, la tristeza india está viva, profunda como la marca de bronce de tantos y tantos "cholos" argentinos que yo vi en los aldeaños de Humahuaca, de Jujuy, de Salta y Tucumán, donde todavía dice su palabra juntadora de pueblos el imperial verbo quechua de remotos ecos que parecen eternos.

Indoamérica, vocablo de reivindicación y de optimismo.

Keyserling hace tres afirmaciones sobre la trascendencia telúrica de lo indio en nuestro continente. Dice que la tristeza indoamericana

"no tiene nada de trágica" (*Medit.*, 10). Descubre que en estos pueblos "encontramos hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del Universo" (*Medit.*, 8). Reconoce que "precisamente la intelectualidad y la pasividad de Indoamérica pueden conferirle en este viraje de la historia una misión trascendental para la humanidad", porque "existen ya las condiciones" y le parece "asegurado el porvenir indoamericano", deduciendo que "es posible que el próximo renacimiento del espíritu surja en Indoamérica para la salvación de los hombres todos y para redimirlos de la brutalidad" (*Medit.*, 8).

Estimulantes conclusiones que no se basan en una concepción europeizante o colonial de Indoamérica y que reconocen su unidad indestructible en la raíz de lo indígena y telúrico. Porque nuestra -india- es la tristeza indoamericana -de la que dice Keyserling, quizá en la más aguda y realista de sus tesis- que "entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna" (*Medit.*, 10).

Y esa tristeza optimista -acicate dolido y férvido de nuestra revolución- surge ya acendrada y vívida en lo que hay de arte puro en Indoamérica. Degenera y desfigura en los malos tangos cabareteros, en todo ese mezquino jaez de pésima musicalería colonial que empequeñece la tristeza en morbosas angustias sexuales. Pero es fuerte y pura en los viriles ritmos quechuas que no cantan esclavitud -la kachampa cusqueña, por ejemplo-, en más de una dulce y bella canción maya que oí en Yucatán; en la música mestiza de buena cepa campesina, como el "pericón", el "tamborito", la "ranchera" y "santiagueñas gauchas"; en las vibrantes zambas, "zambacuecas" o "zamacueca" o "marineras", que con variantes leves de compás son del Plata, de Chile, de Bolivia y del Perú; en los "pasillos" de Ecuador y Colombia; en no pocas canciones brasileñas, centroamericanas y antillanas, y en la magnífica música popular de México, plena de gallardía y de vigorosas resonancias. Surge también esa optimista tristeza india en la pintura genial de Rivera, Orozco y

sus discípulos y en la auténtica poesía rural indoamericana, irónica y ágil, a lo *Martín Fierro*, porque la ironía triste y fuerte a la vez es de firme rastro indio, y en quechua tenemos de ella expresiones incomparables. Por todo eso que ya anuncia el espíritu de lo que nuestra Patria Grande ha de ser, "Indoamérica" es un nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional. El arte se ha adelantado a su advenimiento, pero por él habla precursoramente la rebeldía y el secreto optimismo que van gestando una medular transformación en nuestros pueblos.

Y ése es el sentido y la justificación histórica de la expresión "Indoamérica". Ella envuelve y sintetiza, como queda dicho, a todas las demás: Indias fue llamado este continente durante tres siglos por nuestros conquistadores, y América es nombre tan europeo como nuestro. Es latino por Vespucio, por Hylacomylus y por los españoles y portugueses que lo aceptaron. Y el vocablo Indoamérica, que -repetámoslo- es de todos modos de origen ibérico -reiterémoslo- es por tanto, de extracción latina, al mismo tiempo que conserva la auténtica denominación del descubridor, y la de su primer defensor, Las Casas, amén de la que usaron las instituciones básicas del virreinato, supera esos valores alusivos con el sentido moderno del indio y de nuestra América que va transformándose y definiéndose en el crisol de una nueva raza y de una nueva cultura.

¡No nos avergoncemos, pues, de llamarnos indoamericanos! Reconozcamos que en el corazón de nuestro continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está lo indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera en la epidermis y el sol se negara a retostarla. Porque está viva la que Arciniegas llama bellamente la negación agazapada, y ella ha de aflorar en plenitud de sus valores vitales algún día. Muchas veces, viajando por nuestras tierras y oyendo el habla de sus pueblos, he pensado que lo indio está impreso en nosotros hasta en la entonación con que hablamos nuestro idioma. El hombre de México, según la región, da al castellano un acento que no es raro percibir y distinguir cuando se

oyen hablar los dialectos indígenas. Alguna vez observé que hay tono yanqui en el *dejo* de los norteños, azteca o zapoteca en el de los de la meseta y maya-quiché en los de Yucatán y Guatemala. ¿No hablarían los chibchas con la cadencia colombiana y los araucanos con el *canto* chileno? Los andinos de Ecuador, Perú, Bolivia y sierras argentinas tienen semejantes inflexiones quechuas. *Canto* mochika es el de los costeños del Nor-Perú y guaraní el de la entonación paraguayo-chaqueña. Y donde el negro dejó su rastro cuando sustituyó al indio, hay una manera peculiar de hablar de lengua de Castilla. No hablamos, ciertamente, en Indoamérica el español de España. Y lo hablamos con diversos tonos. Digno de observarse es también que nadie sabe escucharse el propio "dejo". En cada región de América se dice que los foráneos "cantan".

¡*Canta* el indio en la fonética de todos, pero sólo lo reconocemos en los extraños! Conocernos a nosotros mismos es quizá el mejor paso para lo que tantas veces se ha llamado el redescubrimiento de Indoamérica. . .